

el masoquista
de Krafft-Ebing...
y después

Diego Nin

Introito

Hacia fines del siglo XIX, en Europa, apareció en la escena pública un nuevo personaje: el masoquista. Mas no apareció aislado, sino en compañía de sus primos hermanos: el sádico, el homosexual y el fetichista. Fue presentado en sociedad por una nueva ciencia médica sobre el sexo que irrumpió para quedarse; una nueva manera de entender las prácticas sexuales de las personas y sus relaciones con el orden social; una nueva ciencia médica de la sexualidad, lo que es decir una medicalización de la diversidad de las acciones venéreas. Un discurso médico que se convirtió en el arquitecto de la normalidad y la patología sexual por muchas décadas y hasta nuestros días.

Pero se trató de un discurso al que no le fue suficiente estructurar el campo de las patologías sexuales. No fue únicamente cuestión de masoquismo, de sadismo, de homosexualidad y de fetichismo, concebidos como enfermedades que pudieran afectar a tal o cual persona. No se limitó a la presentación de la *“innumerable familia de los perversos, vecinos de los delincuentes y parientes de los locos.”*¹ Más bien se trató de una operación de definición de la figura del perverso

1. Michel Foucault, *La voluntad de saber*, Siglo XXI Editores, México, 1997, p. 53.



como un tipo especial de persona, una categoría integrada por seres con características biológicas y psicológicas diferentes de las personas normales. A pesar de que se trataba del discurso médico, ser un perverso no consistía en ser alguien que padecía una enfermedad a tratar. Era ser, antes que nada, una persona diferente ya desde la biología, un degenerado hereditario que presentaba una degradación, una desviación del llamado instinto sexual normal de la especie.

Por lo tanto, no se trató únicamente de las perversiones, lo cual podría haber sido una manera de calificar ciertas prácticas sexuales, sino que también se postuló, o más bien promulgó, la existencia de los perversos. No fue promulgado únicamente el masoquismo, sino que lo fue también el masoquista. Estos desempeños carnales ya no pertenecerían más al dominio de la teología y al de la moral, ya no se trataría más del pecado ni del vicio. La nueva medicina del sexo y su concepción psicopatológica promulgaron un nuevo campo conceptual: estas personas padecían una tara hereditaria que se transmitía de una generación a otra. Desde entonces se trataría menos de una enfermedad o una falta moral que de una cualidad ínsita o un atributo ontológico: se es o no se es.

A partir de esta medicalización del sexo y de la promulgación de una psicopatología sexual con figuras bien definidas, ya nada fue igual que antes. Se había alcanzado entonces un punto muy alto en la Era que había comenzado dos siglos antes, tal como lo consignó Michel Foucault: la Era de *la voluntad de saber*, la Era de la verdad del sexo, de la verdad *en* el sexo, de la voluntad de verdad acerca del sexo.

Ahora bien, para que haya sido posible promulgar exitosamente la psicopatología médica del sexo, las perversiones y la figura del perverso, tuvieron que darse ciertas condiciones de posibilidad histórica. De tales condiciones de posibilidad surgieron conceptos capitales sin los cuales no hubiera podido edificarse la psicopatología sexual moderna.

Parte muy importante de estos avatares históricos aconteció en Francia durante el siglo XIX. Se trató de la lucha de la psiquiatría francesa por constituirse en un cuerpo de saber y de poder con legitimidad científica y aceptación social, empresa ardua y harto compleja que recién logró fraguar en el último cuarto del siglo.



La psiquiatrización del sexo y la promulgación de la *psychopathia sexualis*, con su forja de las perversiones y de la figura del perverso, surgieron en el contexto de las luchas por la legitimación científica y social de la psiquiatría, y de la formación de nuevos espacios conceptuales. Los dos conceptos clave a los que nos referiremos a continuación, son:

—La doctrina de la Degeneración Hereditaria.

—La noción de instinto sexual.

Al final haremos algunas reflexiones sobre la evolución del concepto de masoquismo.

La doctrina de la Degeneración Hereditaria y la legitimación de la psiquiatría²

Ninguna teoría de la enfermedad mental conoció tanta popularidad en el siglo XIX como la de la Degeneración. Según esta, ciertas familias sufrían un deterioro hereditario detectable que se extendía por al menos cuatro generaciones. Las personas que la padecían presentaban habitualmente síntomas como la depravación moral, la locura, el retardo mental y la esterilidad. Las causas atribuidas a dichos males eran el alcoholismo, las conductas inmorales, la alimentación y las condiciones de trabajo y habitación. Pero la causa principal y específica, según los galenos prosélitos de la doctrina, era la herencia, entendida como debilidad nerviosa hereditaria.

La doctrina de la Degeneración Hereditaria fue formulada en la década de 1850 en Francia, escenario y palestra de las condiciones de posibilidad histórica de su aparición. Fue creciendo en popularidad, se expandió con vuelo hacia los principales países de Europa y alcanzó su cenit entre 1880 y 1890, cuando fue considerada una verdad incontrastable y un portento del pensamiento científico, y llegó a congregar para su causa a miles de epígonos, incluidas las más insignes figuras de la medicina mental de la época. Luego, a partir de 1900, las huestes de la especialidad consideraron que ya había perdido legitimidad y fue sustituida por nuevas concepciones teóricas de la locura.

2. En esta sección sigo la excelente investigación de Ian Dowbiggin, *La Folie Héréditaire, ou comment la psychiatrie française s'est constituée en un corps de savoir et de pouvoir dans la seconde moitié du XIX siècle*, EPEL, Paris, 1993.



La Francia del siglo XIX estuvo sumida en fuertes debates doctrinales filosóficos: por ejemplo, el debate que concernía a la relación cuerpo-espíritu. En tal contexto, el mayor problema que se les planteaba a los psiquiatras era que si no podía concebirse una base orgánica de la locura, entonces se perdía la legitimidad de la especialidad médica para su tratamiento. Por esta razón los psiquiatras adhirieron a la teoría de la Degeneración Hereditaria cuando, a partir de 1870, los meandros de la política corrieron a favor de la predominancia de las ciencias naturales, en desmedro de las corrientes filosóficas espiritualistas. Esta teoría fue acuñada con el fin de llenar las lagunas del saber psiquiátrico, y resultó de decisiva utilidad a los profesionales a la hora de ser reconocidos como competentes. Podían presentarse entonces como científicos porque la teoría de la herencia era utilizada por la mayoría de los científicos del momento.

La adhesión de los psiquiatras franceses a la teoría de la Degeneración Hereditaria deriva, en gran medida, de su tentativa de resolver dichas dificultades profesionales adoptando un concepto cultural filosófico y biomédico popular. En ese sinuoso contexto de convulsiones políticas y de cambios sociales y científicos, en la Francia de 1840-1900, los psiquiatras desarrollaron su especialidad médica hasta hacerla reconocer y legitimar por la sociedad.

Fue una tarea que demandó ingentes esfuerzos y gestiones a la corporación de los psiquiatras a lo largo de varias décadas. La *Société médico-psychologique*, fundada en 1852, tuvo un rol crucial en este proceso, ya que no solo desempeñó actividades científicas, sino que también, y tal vez principalmente, operó como una eficaz herramienta de la corporación para hacer lobby al poder político de turno. También tuvo su importancia la revista *Annales médico-psychologiques*, fundada en 1843 (antes aun que la Sociedad), primera revista de psiquiatría de Francia, la cual era portavoz de todos los psiquiatras del país.

Ian Dowbiggin nos muestra cómo las teorías de la locura han sido influenciadas por razones políticas y profesionales. La historia de la psiquiatría de la Francia de ese periodo es esencialmente la historia de cómo los médicos desarrollaron saberes que opacaron la diferencia inquietante que había entre el poder social a conquistar



y sus más bien pocos logros terapéuticos. Estas operaciones fueron fundamentales para extender su autoridad, porque los médicos eran bastante marginales a nivel de la credibilidad popular, y los psiquiatras gozaban aun de mucha menos popularidad que la mayoría de los médicos.

La profesionalización fue lanzada para reducir dicha marginalidad, y la construcción de un cuerpo de saber tal como la Degeneración Hereditaria demostró ser por demás proficua, toda vez que jugó un rol crítico en este proceso al adoptar ideas de moda en las ciencias biológicas de la época.

En los años de la década de 1870 la comunidad psiquiátrica necesitaba con urgencia adoptar un modelo clínico de patología mental apto para convencer al Estado y a los otros médicos de que los alienistas poseían un saber especial, un saber nuevo y apto para probar la realidad biológica de la enfermedad mental y, por tanto, capaz de autorizar a estos especialistas a hablar del estado mental en cuestión y de su contrapartida fisiológica subyacente.

La teoría psiquiátrica de fines del siglo XIX se proponía eliminar, por obsoleta, la locura tal como la concebían los alienistas, mejorar su aceptación como profesionales calificados y disociarlos de un pasado caracterizado por la heterodoxia política, la hostilidad pública, las terapias infructuosas y las disputas.

De todas maneras, no se trató de algo inédito. La historia de las nociones de la psiquiatría francesa, tales como la histeria y la monomanía, demuestra que desde el comienzo hasta el fin del siglo, los alienistas franceses estuvieron comprometidos en una demanda de poder a través del saber psiquiátrico, un proyecto para extender la autoridad profesional de la psiquiatría a través de la prosecución de metas seculares y anticlericales.

Porque la teoría de la Degeneración Hereditaria entrañaba a todas luces un elemento anticlerical, ya que si la locura era un fenómeno biológico, autorizaba a los psiquiatras a pasar por encima de las órdenes religiosas que competían con la medicina en el control de los hospitales psiquiátricos. La mayoría de los asilos y los hospitales estaban bajo el control de aquellas, y existía el peligro de que les transfirieran el privilegio a las órdenes católicas que aún participaban en los tratamientos. Una de las primeras medidas de esa



lucha fue, precisamente, la ya mencionada fundación, en 1843, de la revista *Annales médico-psychologiques*.

A través de todo el siglo XIX la profesión médica estuvo en competencia con una inveterada tradición popular de cuidado de enfermos, ya que existía poco respeto público por los títulos profesionales; la psiquiatría era una de las especialidades que ofrecía menos alicientes a un joven estudiante de medicina que quisiera alcanzar reconocimiento y fortuna, debido a los exiguos estipendios a que podía aspirar como retribución por su ejercicio: era la especialidad médica peor paga en 1848.

El problema se tornó acuciante y desdoloroso cuando, hacia mediados de siglo, cayó en desgracia el concepto de monomanía acuñado por Esquirol y usado durante 30 años: los jueces se mostraban reticentes a las explicaciones de los psiquiatras, y se habían tornado peligrosamente refractarios a su participación en las causas públicas. Era menester postular una nueva teoría más acorde con los tiempos que corrían; había que desarrollar un nuevo cuerpo de saber, un nuevo aparato retórico, un nuevo relato legitimador para intentar persuadir al poder político y al público en general de su estatus científico y de su idoneidad profesional.

Pero los psiquiatras también tuvieron problemas con el resto de la comunidad médica. El reconocimiento por parte de sus colegas tardó en llegar: aunque parezca extraño, recién hubo una cátedra de patología mental en la universidad de París en 1877.

Para comprender mejor el dramático desafío que debieron enfrentar los psiquiatras, no debemos olvidar que el siglo había comenzado con grandes auspicios para sus intereses científicos y profesionales: Bayle y Calmeil, conspicuos investigadores, habían localizado lesiones anatómicas en las membranas del cerebro de los locos que habían padecido parálisis general. Había sido un comienzo aparentemente triunfal, y hasta los años 30 hubo gran entusiasmo porque se creyó que la investigación anátomo-patológica por venir era todo cuanto se necesitaría para descubrir las lesiones cerebrales de otras enfermedades como la melancolía, la manía y la demencia.

A fines de los años 30 esta búsqueda había fracasado y se la criticó acerbamente arguyendo que por ella se habían descuidado las



investigaciones sobre las causas de la alienación y las terapias efectivas. La clave que iba a permitir desentrañar los arcanos de la insania mental no se hallaba en las recónditas anfractuosidades cerebrales. Severo revés: abrir cadáveres no develó el secreto de la locura.

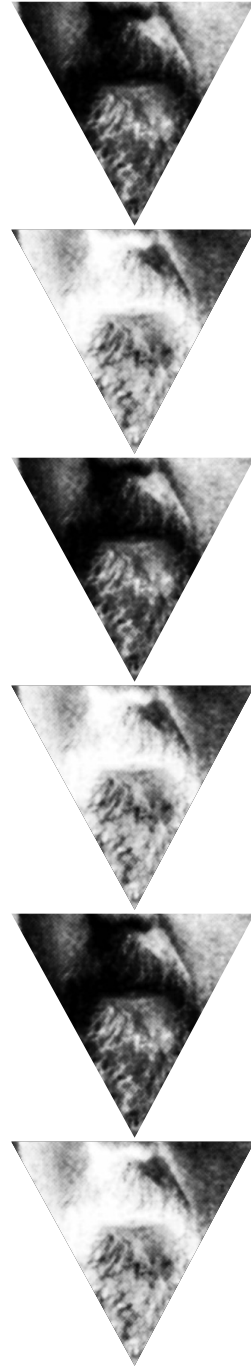
Para peor, en la década de 1860 la psiquiatría debió arrostrar duros ataques, sobre todo debido a sus prácticas de encierro arbitrario de personas en Asilos y casas de orates. Comenzaron entonces los esfuerzos por formular un modelo explicativo de la locura con base hereditaria destinado a convencer de sus capacidades al gobierno imperial de Luis Napoleón.

El golpe de Estado de Luis Napoleón se produjo en diciembre de 1851, y en marzo de 1852 se fundó, estratégicamente, la *Société Médico-psychologique*.

Críticas, objeciones e invectivas contra la psiquiatría fueron lanzadas a raudales desde la prensa francesa. Diarios de todas las tendencias pusieron en cuestión la utilidad terapéutica de los asilos de alienados y acusaron a los alienistas de proceder en colusión con el poder estatal o familiar en la internación de gente inocente. La sociedad no comprendía ni apreciaba el trabajo de los psiquiatras, y la prensa los acusaba de bonapartistas oportunistas que actuaban con aviesas intenciones en los entresijos del poder político, buscando prebendas. El panorama no era a la sazón nada propicio para sus intereses corporativos.

Pero en la segunda mitad del siglo comenzó el auge de las teorías de la herencia en medicina. Entonces, persistiendo en el tiempo y fatigándose en el espacio, con tesón y astucia, tuvieron los psiquiatras finalmente la oportunidad de comenzar a superar aquel momento aciago, demostrando su alta versatilidad y el haber sabido hacer jugar a su favor aquel turbión de acontecimientos políticos y sociales.

La oportunidad se presentó cuando subió al proscenio el pensamiento de un hombre que a la postre resultó providencial: Benedict Augustin Morel (1809-1873), quien fue médico y fungió como Director de Asilo durante casi toda su vida profesional. En 1857 Morel publicó su obra mayor, intitulada "*Tratado sobre la degeneración intelectual, moral y física de la especie humana*". Explicó allí que factores como el alcoholismo, la inmoralidad, la mala alimentación,



3. Sería una ingenuidad creer que estas concepciones, por estrambóticas que hoy nos parezcan, desaparecieron por completo del acervo de ideas de la psiquiatría a principios de siglo XX. En una fecha tan cercana como el año 1995 tuve una sorprendente prueba de ello. Habíamos viajado a la ciudad de Córdoba, Argentina, con Raquel Capurro, donde se realizaría la presentación del libro que publicamos en coautoría, *Extraviada*. Entre los invitados a participar en la mesa de presentación se encontraba una eximia figura de la psiquiatría vernácula de cuyo nombre no puedo acordarme. Fue el último en tomar la palabra y sentenció en tono profesoral que, según su leal saber y entender, todos, psiquiatras y psicoanalistas, se equivocaban: la joven Iris que había matado a su padre a balazos no era en absoluto una paranoica sino "una degenerada de Magnan" (sic), autor al que no vaciló en rendirle pleitesía. Por el desenfado con que profirió su diagnóstico podría inferirse que no se trató de un caso aislado de rara contumacia, sino de alguien habituado al intercambio de tales conceptos extemporáneos como si fuesen moneda corriente. Todos guardamos un discreto silencio, pero estimo que, tal como un servidor, más de uno exclamó para su coletó ¡Oh My God!

las malas condiciones de habitación y de trabajo conducían a consecuencias patológicas características de ciertas estirpes familiares. Los miembros de esas familias mostraban síntomas de neurosis, de alienación mental, de imbecilidad, de idiocia y de esterilidad por más de cuatro generaciones. Basaba su teoría en la observación de las comunidades obreras de Rouen, donde al parecer prosperaba una vasta cáfila de desharrapados de poco juicio y escaso entendimiento, tahúres, beodos irredentos y damas versadas en las prestaciones carnales.

Estos malhadados seres humanos encarnaban una desviación de la perfección del tipo original de la especie, el cual, según el febril magín del Dr. Morel, equivalía nada menos que al Adán bíblico. En su concepción, el elemento clave del proceso degenerativo era hereditario, por lo que no se transmitían las enfermedades sino las condiciones defectuosas del sistema nervioso. Fue revelada la existencia de un flagelo que degradaba el cuerpo social e iba a traer aparejadas graves consecuencias para la especie humana, y se tornaría algo imposible de restañar si no se actuaba con celeridad y resolución; pero no había que perder las esperanzas porque los psiquiatras, en encomiable empresa, iban a contribuir a su salvación en virtud de su idoneidad técnico-profesional, si bien no estaba muy claro cómo lo harían.

Los estudios de Morel sobre la Degeneración Hereditaria conducían a una clasificación muy innovadora de las enfermedades mentales. En 1860 propuso a los alienistas que dejaran de lado la clasificación de viejo cuño, asociada a Pinel y Esquirol, que identificaba a las distintas formas de locura en función de los síntomas observados. Morel presentó una nueva clasificación basada en la etiología, donde había un zócalo común a todas las afecciones, a todos los síntomas y signos, que debía llamarse Locura Hereditaria. Había una clase de locos por causa hereditaria con caracteres, y aun con estigmas, físicos y psicológicos típicos.

Hubo interés creciente por esta concepción de la locura. La década de 1880 fue la de su encumbramiento en Francia, su país de origen, pero también la de su expansión al resto de Europa, especialmente Alemania, Italia e Inglaterra. Valentin Magnan³, médico del hospital de Sainte Anne, fue uno de sus representantes más egregios



en Francia, mas no el único en convertirse a la causa de la vesania hereditaria: muchos de ellos deben su reputación, al menos en parte, al hecho de haberse convertido para la ocasión en prosélitos de la doctrina, y han sido, y son aún, objeto de panegíricos y memorias laudatorias en las páginas de historia de la psiquiatría francesa.

Estratégicamente, los psiquiatras lograron crear un nuevo aparato retórico, un cuerpo de saber, como dice Dowbiggin, tal vez un nuevo relato legitimador, que reforzó los lazos de la psiquiatría con la corriente principal de la medicina y, por tanto, al socaire del hereditarismo pergeñado por Morel, pasaron a ser reconocidos como científicos positivistas.

Después de 1900 la teoría de la Degeneración Hereditaria comenzó a declinar inexorablemente, criticada por la propia pléyade de los psiquiatras, quienes, sensibles a los vientos de cambio, barruntaron que más que una vía al encumbramiento social era ya una peligrosa rémora intelectual: era tiempo de volver las tornas. Como ha cantado Bob Dylan, no hace falta un meteorólogo para saber en qué dirección sopla el viento (*Subterranean Homesick Blues*).

Pero el auge de esta teoría estuvo lejos de ser simplemente un feliz y fugaz devaneo de la corporación de los psiquiatras, ya que tuvo importantes efectos culturales⁴ y dejó profundas huellas, además de haber sido la herramienta fundamental de los profesionales a la hora de consolidar su lugar en la Academia médica y en el reconocimiento social, así como también en la tan anhelada mejora de sus magros emolumentos.

La noción de Instinto Sexual y la promulgación de la *Psychopatia Sexualis*

A mediados de los años 80 del siglo XIX fue publicado en Alemania el libro fundador, la piedra de toque de la moderna concepción médica del sexo. Fue promulgada la "*Psychopatia Sexualis, con especial referencia al instinto sexual invertido,*" de Richard von Krafft-Ebing.

Richard von Krafft-Ebing, nacido en Manheim en 1840, fue médico psiquiatra, profesor en Strasburgo, Graz y Viena, escritor muy prolífico y empinadísima autoridad de la profesión. En 1886,

4. Esta teoría tuvo un fuerte impacto a nivel cultural, al menos en ciertos sectores de la sociedad. Un ejemplo ilustrativo lo constituye la práctica preventiva del estudio de limpieza hereditaria pre-matrimonial. Uno o ambos futuros contrayentes, o bien sus respectivas familias, podían solicitar a los especialistas un estudio generacional del linaje familiar del otro para ponderar qué grado de degeneración hereditaria había en el mismo, y así decidir incluso si era conveniente mezclar su descendencia con él.

en la ciudad de Stuttgart, publicó dicha obra, gracias a la cual se transformó en celebridad. Con singular decoro, decidió editarla exclusivamente para un público de especialistas médicos, lo que explica su título y la curiosa escritura en latín de las partes más escabrosas y excitantes de sus historias de casos. No quería que lo leyera el gran público, mas a pesar de sus pudorosas prevenciones, no hizo otra cosa que dar pábulo a la curiosidad general, a resultas de lo cual miles de personas se zambulleron sobre el libro con avidez durante varias generaciones. Se convirtió en un Manual para adolescentes y adultos porque, enmarcadas por sus apreciaciones teóricas, aparecen cientos de historias de casos, algunas relatadas por sus ardorosos protagonistas, describiendo con detalle y precisión todo tipo de faenas venéreas consideradas excesivas, desviadas e insanas.

Debe consignarse que también hubo quienes practicaron lecturas irreverentes, chuscas y ramplonas, de esta obra tan grave y científica; es decir que supieron solazarse en los aspectos cómico-bizarros que sin duda es posible extraer de muchas de sus historias de casos, verbigracia la del caballero cuyos desmedidos ímpetus carnales causaron estragos en un gallinero, donde se refociló durante cierto tiempo, a pesar de las exiguas proporciones de sus atributos viriles⁵: es posible que no haya humor más eficaz que el involuntario. Durante muchas décadas en los hogares fue algo común que hubiera un ejemplar de la *Psychopathia Sexualis* escondido bajo las tapas de algún clásico de la literatura.

¿Qué es una patología sexual? Para Krafft-Ebing, se trata de un impulso sexual incontrolable junto con la imposibilidad de practicar el comercio carnal normal, por lo que la finalidad de la práctica sexual resulta no ser heterosexual-procreativa: se ha desviado del instinto natural de la especie. Así establece Krafft-Ebing el escalón básico de la moderna patología sexual, porque no bastará únicamente con comprobar una acción salaz desviada para definir la categoría del “perverso”, como veremos más adelante.

Como médico especialista recibía cartas testimoniales de personas que buscaban a quién referirle sus frenéticos ardores, sus excesos y desenfrenos saturnales, sus objetos irrenunciables, sus ansias incorregibles, sus excéntricas maneras de verificar el trato carnal,

5. Se trata del caso 229, que dice así: “En una ciudad de provincia un hombre fue descubierto teniendo relaciones sexuales con una gallina. Tenía treinta años y una elevada posición social. Los pollos habían estado muriendo uno tras otro, y el responsable había sido buscado por largo tiempo. Cuando el Juez le interrogó sobre los motivos para cometer semejante acto, el acusado dijo que sus genitales eran tan pequeños que el coito con una mujer resultaba imposible. El examen médico mostró que sus genitales eran, de hecho, extremadamente pequeños.” Richard von Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis*, Bloat, California, sin fecha de edición, p. 471, traducción al inglés e introducción de Brian King: *The Creation of a New Science*. Todas las citas del texto de Krafft-Ebing fueron traducidas por mí del inglés al español.



incluidos aquellos que experimentaban una intensa fruición en el acto mismo de relatarle por escrito sus faenas. Muchos no aceptaban gustosos tales demasías; otros directamente padecían su condición disoluta, por lo que le solicitaban ayuda ante problemas de distinta índole y envergadura, o al menos esperaban del reputado especialista alguna clase de alivio a sus cuitas y tribulaciones. Krafft-Ebing aparece entonces, a medida que se suceden las ediciones, como una suerte de padre-confesor de los perversos, de los desviados de toda laya, de esos oscuros habitantes del extrarradio de la normalidad. Su archivo personal alcanzó a contener miles de historias de casos⁶.

Un aspecto interesante fue que Krafft-Ebing comenzó describiendo la homosexualidad como una enfermedad y una perversión, la perversión por antonomasia, tal como lo hacían los teólogos, juristas y médicos. Pero a los sesenta años abjuró de tal parecer y planteó una fuerte desavenencia con la moral de su época, arriesgando su reputación, cuando hubo de rendirse a la evidencia de que el deseo sexual invertido no era necesariamente una degeneración psíquica o una enfermedad, ya que esa variante de los regodeos carnales puede estar asociada con la superioridad mental y la genialidad. Curiosamente, la empiria le llevó a rectificar una parte fundamental de sus concepciones teóricas. Había detectado una incongruencia bastante evidente, pero se hallaba en propósito de enmienda cuando lo sorprendió la muerte, a los sesenta años. Al parecer, no era tan recalcitrante como a veces se lo ha querido presentar.

Posteriores figuras señeras de la ciencia sexual rindieron tributo a Krafft-Ebing como fundador: Iwan Bloch, Magnus Hirschfeld, Havellock Ellis, incluso Freud, quien lo cita abundantemente.

Las perversiones sexuales: sadismo, masoquismo y fetichismo, no existían como tales antes de la *Psychopatía Sexualis* de Krafft-Ebing. Fue el comienzo de la ciencia sexual que estableció el estándar político y social de lo que hasta hoy es considerado sexualmente normal.

Ya no se trató más del vicio del que se ocupaba la Teología. Pasó a ser un tema legal tratado por el Estado según lo establecido por los médicos. Del vicio teológico a la perversión médica, los nuevos pastores de la normalidad sexual, con Krafft-Ebing a la cabeza, cre-

6. Mientras escribía este artículo leí por azar que el Rey Carlos II de Inglaterra (1630-1685), entre otras excentricidades, en ocasiones especiales exhibía una peluca que había mandado a hacer con el vello púbico de sus cortesanías favoritas, propiciando en la Corte un ambiente de guasa, chunga y pitorreo ¿Qué habrá pensado Krafft-Ebing de esta anécdota bastante conocida? Tengo para mí como improbable que, de haberla conocido, se haya detenido a pensar el gesto humorístico del monarca en términos de erótica y poder. Más bien se habrá afanado en postularlo como firme candidato y merecedor del título de perverso.



7. Richard von Krafft-Ebing, op. cit. p. xxiv de la introducción. Brian King, en dicho estudio, coloca esta cita tomada de la siguiente referencia: Painter, George D. *Marcel Proust: A Biography*. Chatto and Windus, London, 1989. Sostiene, además, que a pesar de estos comentarios es muy probable que la obra de Krafft-Ebing haya influido en la caracterización de Charlus en *En busca del tiempo perdido*.

8. Hay quienes sostienen, desde una lectura victimista y vindicadora, la tesis de que la operación de nominación de Krafft-Ebing opacó o condenó al olvido a la obra literaria de Sacher-Masoch, estableciendo una relación causal, lineal, simple y directa entre ambas cosas. Pero una cosa es plantear la tesis y otra demostrarla con argumentos con fuerza probatoria. Junto a él, muchos escritores del siglo XIX quedaron en el olvido, tal como sucede en cada época. El entramado cultural que decide cuáles autores y obras perduran y cuáles no, es infinitamente más vasto y complejo que la nominación del galeno de marras, por más suceso que haya tenido su libro. Con igual pertinencia alguien podría argumentar que no fue olvidado del todo precisamente gracias a dicha nominación. Krafft-Ebing construyó un Sacher-Masoch perverso masoquista. Des-construirlo no nos obliga a construir la contrafigura imaginaria de un Sacher-Masoch- autor-literario víctima del poder, aunque sea políticamente correcto. Se dice que Krafft-Ebing redujo la obra del escritor a una sola novela, *La Venus de las pieles*, pero no se comprende por qué se dice que el médico debió haber tenido en cuenta o reivindicado la totalidad de la obra ¿Qué tenía

aron su propia Biblia. Krafft-Ebing fue el principal protagonista de la demarcación forense y psiquiátrica entre los procedimientos venéreos considerados normales y los anormales.

La *Psychopatia Sexualis* fue un notable éxito de público. A pesar de la mencionada presentación en latín de los pasajes más obscenos, cualquiera que en Europa hubiera cursado la educación secundaria o tuviera educación religiosa era capaz de leerlos. Se vendió al gran público sin restricciones. El impacto fue espectacular, vendió miles de ejemplares en doce ediciones, cada una revisada y aumentada y vendiendo más que la anterior.

Krafft-Ebing se convirtió en una celebridad. En los cafés de Viena, París y Berlín, el libro fue objeto de debates, encomios, befas y denuestos, muchas veces animados y proferidos por excelsas personalidades de la cultura. Marcel Proust lo leyó y desaprobó, comentando "*Parece que hasta el vicio es ahora ciencia exacta.*"⁷ También recibió críticas morales desde distintos ámbitos, incluso desde los médicos. Asimismo, recibió fuertes objeciones debido a algunas fuentes poco confiables que utilizó como historias de casos. Fue un libro tan exitoso como polémico.

Krafft-Ebing fue cuestionado por haber nombrado una perversión del instinto sexual como "masoquismo", en referencia explícita al escritor Sacher-Masoch, sin su aquiescencia y sin parar mientes en que se trataba de un autor vivo, conocido por entonces no solo en Austria y Alemania, si bien no muy apreciado en estos países, pero sí por ejemplo en Francia.

El término "sadismo" había estado en uso en psiquiatría desde 1834. De esta manera Krafft-Ebing quería crear un antónimo literario al sadismo. La expresión más próxima que en la época había en uso para nombrar este tipo de lances carnales, pero que a nadie convencía, era la desvaída "algolagnia pasiva".

Krafft-Ebing fue sensible a las curiosidades indiscretas cuando se sirvió de los rumores que circulaban en Viena y Graz a propósito de las costumbres venéreas de Sacher-Masoch, de sus relaciones amo-esclavo con las mujeres, no conforme con lo que dicho autor escribió en su famosa novela *La Venus de las pieles*⁸. Fue dura y profusamente cuestionado por amigos y colegas del escritor. Pero en la edición número doce jugó fuerte su baza cuando les respondió,



como médico y como crítico, sin miramientos ni reparos y con una arrogancia que nos da cierta idea del prestigio que había alcanzado en aquellos años triunfales de la medicina mental:

Como hombre, Sacher-Masoch nada puede perder en la estima de sus cultos amigos simplemente porque estuviera afectado por una anomalía de sus sentimientos sexuales. Como autor sufrió daño severo hasta donde la influencia y el mérito intrínseco de su trabajo están concernidos, porque cuando eliminó su perversión de sus esfuerzos literarios, fue un escritor dotado y, como tal, alcanzó real grandeza llevado por los normales sentimientos sexuales.⁹

Pero entonces ¿qué es el masoquismo según Krafft-Ebing? Comienza ese capítulo postulando que *"El masoquismo es lo contrario del sadismo. Mientras este es el deseo de causar dolor y usar la fuerza, el primero es el de sufrir dolor y ser sometido a la fuerza."*¹⁰ Fórmula simplificadora en exceso y que dio lugar a todo tipo de confusiones. Luego pasa a la definición:

Por masoquismo entiendo una peculiar perversión de la vida psíquica sexual, en la cual el individuo afectado, en el sentimiento y pensamiento sexuales, está dominado por la idea de ser completa e incondicionalmente sometido a la voluntad de una persona del sexo opuesto; de ser tratado por esta persona tal como un amo, humillado y abusado. Esta idea está impregnada de sentimientos lascivos; el masoquista vive en fantasías donde crea situaciones de este tipo y a menudo intenta realizarlas. Con esta perversión su instinto sexual se halla a menudo más o menos insensible a los encantos normales del sexo opuesto; incapaz de una vida sexual normal, es psíquicamente impotente. Esta impotencia psíquica no se debe, de ninguna manera, a un temor al sexo opuesto, sino más bien al hecho de que el instinto sexual encuentra una satisfacción adecuada en la desviación de lo normal- en la mujer, con seguridad, pero no en el coito.¹¹

eso que ver con su trabajo como psiquiatra? Más atinado sería preguntarse por qué dejaron de lado esa obra quienes, por su campo específico de trabajo, debieron reivindicarla si es que era realmente valiosa, pero no lo hicieron: escritores, académicos, críticos, periodistas, editores. Por otra parte, si el aspecto a rescatar es la supuesta importancia de Sacher-Masoch en la historia de la novelística, no alcanzo a ver qué tenemos para decir los psicoanalistas al respecto más que repetir con mayor o menor habilidad lo que han dicho hace ya tiempo Deleuze y Quignard, dos no psicoanalistas cuyas tesis fueron adoptadas prácticamente sin críticas.

9. Richard von Krafft-Ebing, op. cit. p. 120.

10. R. Krafft Ebing, op. cit. p. 119.

11. R. Krafft Ebing, op. cit. p. 119.





Más adelante enuncia explícitamente la base conceptual con la que moldea y define al perverso masoquista: *“En cualquier caso, el masoquismo, en tanto perversión sexual congénita, constituye un signo funcional de degeneración...”*¹²

El masoquista, en tanto perverso sexual, pertenece a la ralea de los degenerados hereditarios, es una criatura surgida del universo teratológico pergeñado en el gabinete del Dr. Morel; y no se ha convertido en tal por la costumbre de ser flagelado, como cándidamente opinaban algunos en la época. Luego especifica que no en todos los casos la impotencia por la desviación es total. En algunos puede llegar a darse un comercio carnal normal si las condiciones lo propician.

Continúa con la justificación del nombre “masoquismo”:

Me siento justificado al llamar a esta anomalía sexual “masoquismo”, porque el autor Sacher-Masoch, con frecuencia hizo de esta perversión, por entonces bastante poco conocida como tal en el mundo científico, el sustrato de sus escritos.¹³

Más adelante, orondo y ufano, pasa a referirse no ya a la obra sino al autor: *“En los últimos años los hechos han contribuido a probar que Sacher-Masoch no solo fue el poeta del masoquismo, sino que él mismo padecía esta anomalía.”*¹⁴

Declara entonces que esta información le fue dada sin restricciones pero que él se abstendrá de revelarla al público. Argumenta a favor de lo acertada que considera su operación de nominación, pero no le parece relevante ni éticamente cuestionable hacerlo mientras Sacher-Masoch está vivo y muy próximo ni, para peor, haberse servido para tal fin del eterno afán y gusto pueblerinos por los dimes y diretes referidos a la vida de los vecinos, de Graz en este caso ¡Y era el gran catedrático de psiquiatría de Viena!

12. R. Krafft Ebing, op. cit. p. 178.

13. R. Krafft Ebing, op. cit. p. 120.

14. R. Krafft Ebing, op. cit. p. 120.

Una nueva categoría de individuos

A fines del siglo XIX se dio la aparición de la sexualidad, de la sexualidad como discurso de la medicalización del sexo, como una nueva forma de pensar y razonar, como una nueva manera de categorizar a los individuos. Ya no se trató más de la certificación del sexo anatómico por parte del saber médico, ya no alcanzó con establecer el verdadero sexo inscripto hasta en los oscuros pliegues de la anatomía, tal como lo mostró Michel Foucault en su presentación del caso de Herculine Barbin¹⁵. Algo cambió, el sexo anatómico ya no agotó más la propia identidad sexual. Ahora se trataría de la locura hereditaria y de sus manifestaciones psíquicas patológicas: se trataría de psico-patología sexual.

Escribe Arnold Davidson:

Un nuevo estilo de razonar psiquiátrico que empieza, en términos generales, en la segunda mitad del siglo XIX, un periodo durante el cual cambian radicalmente las reglas para la producción de verdaderos discursos sobre la sexualidad. La identidad sexual ya no está vinculada de forma exclusiva a la estructura anatómica de los órganos internos o externos, sino que es una cuestión de impulsos, de gustos, aptitudes, satisfacciones y rasgos psíquicos. Y con este nuevo estilo de razonar llegaron trastornos y enfermedades sexuales completamente nuevos.¹⁶

El universo de la *Psycopathia Sexualis* de Krafft-Ebing está habitado no solo por individuos que desean ser flagelados y sometidos, sino por individuos masoquistas, un tipo muy delimitado y específico de criaturas enfermas afectadas por una herencia defectuosa, tratos venéreos aberrantes y una psicología diferente. Davidson lo formula con notable claridad:

Krafft-Ebing insistió en que para diagnosticar al perverso de forma correcta hay que investigar toda la personalidad del individuo. Continuamente hace hincapié en que el diagnóstico no puede efectuarse sólo examinando los actos sexuales realizados. Hay que investigar impulsos, sentimientos, apetitos, deseos,

15. Presentado por Michel Foucault, *Herculine Barbin llamada Alexina B*, Ed. Revolución, Madrid, 1985. Véase también Raquel Capurro, *Del sexo y su sombra, del "misterioso hermafrodita" de Michel Foucault*, Epeele, México, 2004.

16. Arnold I. Davidson, *La aparición de la sexualidad*, Alpha Decay, Barcelona, 2004, p. 72.

fantasías, tendencias, etc. Y el resultado de esa investigación será deslindar nuevos tipos de personas, distintos y diferentes del individuo heterosexual normal. El perverso es lo primario, las elecciones y acciones perversas están subordinadas a un papel conceptualmente subsidiario.¹⁷

Conocer la sexualidad de una persona era conocer a la persona.

Para comprender la raíz del pensamiento de Krafft-Ebing cuando cataloga las perversiones y promulga al perverso, debemos reparar entonces en los dos conceptos fundamentales ya referidos, adoptados como verdades axiomáticas por la psiquiatría de fines del siglo XIX. Dos nociones que abren el nuevo espacio conceptual que es la condición de posibilidad histórica de la producción de esos *objetos de discurso*¹⁸ que son las perversiones sexuales. Como ya dijimos, se trata de los conceptos de *instinto sexual* y de *degeneración hereditaria*.

Entonces, para Krafft-Ebing y el contexto cultural de su época, existía un **instinto sexual** de la especie que naturalmente tenía como finalidad última la procreación, y toda expresión del instinto que no se correspondiera con el propósito de la naturaleza debía considerarse perversa. Se trataba de una alteración en la función natural del instinto. Para que hubiera perversiones del instinto sexual debía haber previamente definida una función del mismo, un objeto del otro sexo y una meta, única y universal: la procreación. Esta noción de instinto sexual surgió en la segunda mitad del siglo XIX haciéndose eco de la extraña convergencia conceptual de la Teología moral con el auge de las teorías biológicas y el evolucionismo que acercaban al hombre y su comportamiento sexual al reino animal. Había una Ley Natural, fuese de Dios, fuese de la Naturaleza. La ruta Natural.

La naturaleza del instinto sexual se manifestaba en una atracción hacia los miembros del sexo opuesto y en el deseo de relación genital con ellos. Así, la inversión era una desviación funcional contranatural del instinto sexual, una desviación en la que el objeto natural de ese instinto no ejercía la atracción adecuada.¹⁹

17. A. I. Davidson, op. cit. p. 107.

18. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, México, 2002, p. 65.

19. A. I. Davidson, op. cit. p. 128.



El segundo elemento de la ya mencionada condición de posibilidad histórica fue su total e incuestionable creencia en la Teoría de la Degeneración: para Krafft-Ebing esta teoría era una verdad como un templo. Fue un discípulo de Morel a carta cabal porque la doctrina de marras se expandió rápidamente por toda Europa y tuvo consecuencias insospechadas. En Francia Magnan y Charcot, en Italia Cesare Lombroso y su *L'Uomo delinquente*: los criminales y las prostitutas como degenerados de la especie. En Inglaterra se destacó Francis Galton, fundador de la eugenesia.

Krafft-Ebing tomó la teoría de la Degeneración Hereditaria de Morel y la de la Neurastenia de Beard²⁰ y las aplicó a su doctrina de la *Psychopatia Sexualis*. Toda forma de aberración sexual estaba causada esencialmente, según Krafft-Ebing, por la mala herencia que predisponía al placer sexual en forma no natural, y también por los daños ocasionados por la moral y malas costumbres que inficionaba en los espíritus la modernidad, ya que naturalmente estimulaba el solaz, la molicie y la lubricidad.

La teoría de la Degeneración Hereditaria alcanzó extremos insospechados con Max Nordau, periodista y médico húngaro, quien tomó las teorías de Morel, Lombroso y Krafft-Ebing y las aplicó dogmáticamente al arte y a la literatura. Convencido de tener a la verdad agarrada de la cola, postuló que los degenerados también suelen ser artistas y escritores. Según Nordau, eran degenerados: Nietzsche, Ibsen, Zola, Wagner, Verlaine, Tolstoi, Baudelaire y Wilde. Su libro *Degeneración* fue un *bestseller*. El hecho de que Nordau fuese judío no fue óbice para que su libro terminase sirviendo, amarga ironía, como fuente de inspiración a los nazis, quienes suscribieron gustosos sus tesis pero agregaron a la lista lo que para ellos representaba la máxima expresión de la degeneración de la especie: los judíos. La política racista y genocida nazi pretendió encontrar una apoyatura científica en estas pseudo-teorías que prohió y veneró el siglo XIX.

Krafft-Ebing y después

Han pasado 126 años desde la primera edición de la *Psychopatia Sexualis* ¿Qué ha sido del masoquista de Krafft-Ebing? El contexto histórico ha cambiado. Las concepciones teóricas que lo engendraron

20. George Beard (1839-1883) fue un médico estadounidense conocido por haber postulado una enfermedad, la Neurastenia, que tuvo su reconocimiento e importancia a fines del siglo XIX, al igual que la teoría de la Degeneración Hereditaria. Aparentemente, lo que influyó en Krafft-Ebing no fue tanto la descripción del síndrome, la fatiga crónica, como la idea de su etiología. Neurastenia significa etimológicamente "debilidad nerviosa", debilidad del sistema nervioso. Freud discutió la extensión del concepto pero lo aceptó y lo ubicó entre las llamadas neurosis actuales, junto con las neurosis de angustia.



no se han sostenido en el tiempo, al menos no como nociones hegemónicas. Pero no puede decirse lo mismo del afán clasificador y normalizador “científico” del sexo, actualmente no ya como perversiones sino como parafilias, su concepto sucedáneo. Menos aún puede decirse de los términos “masoquismo” o “masoquista”, los cuales gozan de buena salud a pesar de sus 126 años. Parecen haberse convertido en palabras comodín (son cómodas), de amplio y laxo significado, útiles tanto en el lenguaje coloquial como en el vocabulario técnico, precisamente debido a su vaguedad conceptual y a la escasa delimitación de sus referentes.

A partir de cierto momento el masoquista no fue ya únicamente el opuesto del sádico, sino que también debió compartir su popularidad con un nuevo engendro verbal, el sadomasoquista ¿Ya no sabemos qué es un masoquista? ¿Acaso es una persona con capacidades venéreas diferentes, según un posible eufemismo fashion-progresista? ¿Por qué no? Para la psiquiatría y la psicopatología no ha dejado de ser un perverso, alguien que padece una parafilia, una desviación, un trastorno sexual a corregir, en tanto dichos discursos nunca se deslindaron de las categorías conceptuales ordenadoras básicas de normalidad-anormalidad.

El psicoanálisis, desde Freud, sacó al masoquismo del campo de la aberración instintual en el que Krafft-Ebing lo había moldeado. Comenzó siendo un asunto reducido a los avatares pulsionales y pasó, con la publicación de *Se pega a un niño*, a ser concebido como producto de la fantasía y su relación con el erotismo. Lacan siguió por esa senda, en principio sin renunciar a la categoría de perversión y encuadrándolo dentro de las nociones de su Edipo estructural. Edipo lo pide. Luego dio otro paso y su teorización tomó el camino del objeto *a*, la angustia, la fantasía y el goce, lo que nos permite pensar el masoquismo y otras figuras de la erótica en términos de posiciones subjetivas, conservando el término pero ya muy lejos del masoquismo entendido como atributo ontológico, como estigma de la degeneración hereditaria o como desviación moral.

Si bien no es el objeto de este trabajo y ameritaría un estudio sistemático, quisiera plantear que hoy el término “masoquista” puede adjetivar cierto tipo de fantasías o sueños extáticos de la carne, así como también podría ser un término para designar algunas forma-



ciones sintomáticas en las que el sujeto está capturado a pesar suyo, aunque considero esta acepción bastante discutible.

El vocablo “masoquista” se refiere fundamentalmente a quien está habitado por una erótica más o menos delimitada que da cuenta de un elemento característico específico ¿Cuál? Dicho elemento no parece ser, como fue postulado, la búsqueda del dolor físico por sí mismo, porque el dolor no funciona eróticamente en cualquier circunstancia, ni propinado por cualquiera. Menos específico aún es el mero uso del látigo, zurriago, azote, fusta, tralla, vergajo, flagelo, guasca o chicote, a pesar del estatus icónico que tal adminículo ha adquirido en nuestra cultura. Tampoco lo es, tal como alguna vez fue propuesto, el llamado “contrato”; en primer lugar porque no es tal cosa sino un acuerdo o trato entre los *partenaires*²¹; y en segundo lugar porque otros tipos de faenas venéreas entrañan ciertos acuerdos destinados a cumplir la misma doble función, es decir, tanto la de elevar la intensidad erótica como la de preservar de la angustia a los involucrados, estableciendo cierto borde entre ésta y el goce, en sus excesos y fracasos. Tampoco podemos decir que su elemento específico sea la disolución del yo, como también ha sido escrito, porque se trata de una experiencia que puede suceder, y de hecho sucede, en otras lides carnales asaz diferentes.

Antes bien, el elemento característico y diferencial, el cerno del llamado masoquismo lo constituye, entonces, la posibilidad del sujeto de experimentar un elevado frenesí erótico, y aun amoroso, al jugar el juego consensuado intentando colmar la falta en el Otro. Para ello, quien está en posición masoquista se ofrece como objeto de desecho, de desperdicio, sometiéndose como perro o esclavo a la dominación, a la voz de mando, a la humillación, a la disciplina cruel, al ergástulo y a la coyunda, al rigor del zurriago y/o a otros suplicios de la carne de su gusto y preferencia. El dolor físico no funciona eróticamente por sí mismo, sino dependiendo de la posición del sujeto en relación al Otro, de quién encarne este lugar, y de la composición y puesta en escena de las fantasías.

Recordemos a Severín, en *La Venus de las pieles*, diciendo explícitamente cómo lo deleitan los latigazos, pero solo porque son propinados por Wanda, amada dama, y por la manera en que él se le entrega y somete. Luego, cuando a instancias de Wanda le es aplicado el

21. Sólo podemos hablar aquí de contrato si entendemos que se trata de un contrato “de juguete”, muy al uso de los guiones y escenas de la erótica masoquista, y que su valor y funciones nada tienen que ver con el orden jurídico y legal de un Estado.



vergajo por parte de El Griego, su rival, quien le da para que tenga, los azotes son más fuertes y lacerantes, por lo cual supuestamente deberían deleitarlo aún más. Sin embargo y por el contrario, el dolor pierde su cualidad concupiscente y muy pronto los fuegos de Venus se apagan, dejando al héroe bien zurrado pero sumido en sentimientos de miseria, angustia y deseos de venganza. La relación con Wanda toca a su fin y curado a guasca es Severín, si se me permite este inciso con lenguaje descarnado.²²

Tenemos entonces que el elemento axial, inquietante y excéntrico, de esta figura de la erótica consiste en el hecho de que hay quienes son capaces de verificar ciertos ardores venéreos en una posición, y a través de algunas prácticas, que a la mayoría de los bípedos sin plumas nos dejarían frente a la pura angustia. Sin embargo, algunas personas bien pensantes y políticamente correctas sostienen que el masoquismo es una erótica como cualquier otra y que nada tiene de extraña o especial. El problema es que suelen quedar en *off-side* cuando los propios masoquistas reivindican la excentricidad, la diferencia, la intensidad, especificando que es precisamente eso lo que les convoca e involucra, y les hace vivir como inocuos, desabridos, *vainilla*, los demás desempeños carnales. Como ha escrito Gayle Rubin ¡basta de querer hacer al masoquismo presentable, maquillado, lavado, *soft*, apto para todos y adaptado a las convenciones sexuales burguesas tradicionales!

De lo anterior puede inferirse que la erótica masoquista poco tiene que ver con la del sádico: ambas eróticas no se complementan en absoluto, como creen quienes las desconocen. Un sádico jamás aceptaría participar en un acuerdo con un masoquista porque, precisamente, alcanza su frenético ardor cuando tiene a su víctima total y completamente a su merced, haciéndole saber y padecer que no tiene ningún límite y que puede y quiere hacer con ella lo que le dé la gana, incluso matarla, pero en serio, sin juego teatral.

En cambio, los personajes sádicos de la erótica masoquista, también llamada sadomasoquismo, y del ahora llamado S/M o BDSM²³, no son verdaderos sádicos sino personajes guionados y dirigidos por la “víctima”, sádicos de juguete, caricaturas de sádicos que tienen un papel esencial pero bien determinado y delimitado en el teatro de las complacencias masoquistas, por más cuero y

22. Leopold von Sacher-Masoch, *La Venus de las pieles*, el cuenco de plata, Buenos Aires, 2008, p. 156.

23. Véase Ana Grynbaum, *La cultura masoquista*, Ed. HUM, Montevideo, 2011.



látex que vistan, por más instrumentos de sujeción y tortura que ostenten, por más *dark* y satánica que sea su estética, por más violentos y despiadados que parezcan, por más parafernalia y puesta en escena que desplieguen, por más tensión y suspenso que generen. Un masoquista no querría por nada del mundo caer en manos de un verdadero sádico, sin reglas ni acuerdos y con poder ilimitado sobre él, ni mucho menos correr el albur de que se halle habitado por la ominosa erótica del *Lustmord*²⁴.

En otro orden de cosas, y más cercano en el tiempo a nuestros días, el diálogo que abrió la *escuela lacaniana de psicoanálisis* con los trabajos llamados *Gay and Lesbian Studies*, y en especial con la producción del movimiento *Queer* y sus puntos de convergencia con el recorrido de Lacan, facilitó la vía a nuevas maneras de comprender estas singulares faenas rijosas. Se ha abierto la posibilidad de liberarlas de la censura conservadora y de la liberal, de deslindarlas del campo de la normalidad-anormalidad y de concebirlas como figuras particulares de la erótica entre otras figuras más o menos definidas²⁵. Al parecer se ha instaurado en ciertos foros del campo del psicoanálisis la posibilidad de tratar los avatares sintomáticos y angustiosos de los sujetos concernidos por esa erótica, sin los consabidos imperativos moralizantes, explícitos o implícitos, de ser censurada, sublimada, corregida, normalizada, superada, redimida o descalificada. El psicoanálisis no está en un plano de a-historicidad, toda vez que también necesita actualizar su relato legitimador. ¿O no?



24. Tanto en alemán como en sueco, esta palabra significa "asesinato lujurioso", o algo aproximado, ya que no es fácil traducir *Lust* al español. Vale la pena reparar en que en otras lenguas, y no en la nuestra, existe una palabra para nombrar esta erótica específica. En inglés existe una expresión similar en dos palabras: *lust murder*.

25. Véase Lynda Hart, *Between the Body and the Flesh*, Columbia University Press, 1998.